

# Clase Obrera y Poder

## Tesis políticas del Partido Socialista de la Izquierda Nacional

---

Tesis Políticas del Tercer Congreso del Partido Socialista de la Izquierda Nacional  
*Redacción de Jorge Enea Spilimbergo*  
Villa Allende, Córdoba  
Agosto de 1964<sup>1</sup>



### 1. LA SEMICOLONIA

La afirmación de que padecemos una crisis de estructura se ha convertido en un capcioso lugar común. ¿Cuál es la estructura argentina que debe ser cambiada? La del régimen de propiedad, la naturaleza y jerarquía de las clases sociales, la organización social de la producción. Esta estructura determina, a su vez, la naturaleza del poder político, incompatible con una democracia de soberanía popular. 1

Hablar del atraso argentino como un atraso técnico (subdesarrollo) es tergiversar la cuestión. La distancia técnica que nos separa de los países avanzados es una consecuencia de la distancia social. Lo decisivo es la incapacidad actual del orden para cubrir un abismo que los simples datos técnicos (masa de riqueza, equipamiento cultural, tecnológico, experiencia en niveles industriales, etc.) no mostrarían infranqueable.

#### **División internacional del trabajo**

El bloque de los estancieros terratenientes con el imperialismo y la burguesía comercial “compradora” continúa detentando su tradicional hegemonía. Ésta se origina en el proceso de división mundial del trabajo, creada por el mercado capitalista bajo formas que implican un monopolio industrial de las metrópolis. A esta forma de división el nacionalismo burgués opone la semiautarquía. Como

---

<sup>1</sup> Editorial Octubre. Buenos Aires. 1975. Versión revisada para [www.izquierdanacional.org](http://www.izquierdanacional.org)

socialistas revolucionarios rechazamos el fetichismo de la industrialización: la reestructuración socialista de la economía mundial racionalizará, en escala también mundial, los recursos humanos, técnicos y naturales. Particularmente en América Latina no olvidamos ni por un instante su carácter de nación balcanizada, y denunciamos el utopismo reaccionario de querer convertir a cada uno de sus países en bastión capitalista desarrollado autónomo.

Compartimos la autocrítica de los dirigentes cubanos sobre los ritmos de industrialización. Pero simultáneamente denunciamos el carácter reaccionario que asumió la penetración capitalista europea en la Argentina, arrasando las economías locales en favor de un monocultivo exportador complementario. No se trata de condenar la anarquía de la expansión capitalista sino, por el contrario, la unilateralidad y desproporción resultantes de una falta de expansión capitalista a causa de la dependencia semicolonial.

### **Naturaleza de la oligarquía**

Las formas concretas de esa dependencia se definen a partir de las relaciones sociales internas preexistentes. Países en similar relación con el mercado mundial (exportadores agroganaderos de economía rural capitalista) como Canadá, Australia, Nueva Zelanda, terminan por adquirir altos niveles de industrialización e ingreso per cápita. En todos esos casos nos encontramos con una burguesía y pequeña burguesía agrarias, sometidas a las leyes de acumulación capitalista, la competencia, las revoluciones técnicas y la expansión de una a otra rama de la producción.

En Argentina, por el contrario, el acaparamiento de las tierras públicas consolida una oligarquía ganadera como la clase dominante. Se trata de una clase capitalista pero —en lo fundamental— no burguesa, en la medida en que su ingreso básico no proviene del proceso de valorización del capital sino de un monopolio rentístico sobre la tierra y de la participación —los invernadores— en el monopolio inglés de las carnes. No se niega la función industrial de esa oligarquía en el proceso de refinamiento, mejoras, tecnificación, etc. Pero esa función —accesoria en cuanto a los ingresos— opera como condición para poder ejercer el parasitismo de la renta y el monopolio mer-

cantil. Ello es así porque, en la formación de la renta agraria, la renta diferencial jugó un papel preponderante hasta las últimas evoluciones técnicas de la agricultura europea y norteamericana, que han anulado los menores costos por fertilidad natural. Más, para que esa renta diferencial funcione, es preciso acceder al precio internacional, es decir, adaptarse técnicamente al nivel de la demanda europea.

La naturaleza parasitaria de la aristocracia ganadera se corresponde con una ética de consumo de los ingresos cuya fuente monopolística los asegura por la mera repetición del ciclo económico. El grueso de la plusvalía neta, trasmutada en renta, fue consumida improductivamente por una clase estancieril ausentista, frenando gravemente el proceso de acumulación capitalista.

Ninguna investigación parcial puede ignorar este fenómeno básico, y es falso que la oligarquía haya impulsado el desarrollo de la industria. Los ejemplos particulares contrarios deben integrarse en el panorama que antecede.

### **El periodo dorado**

3

El período dorado de esta estructura corrió, aproximadamente, entre 1880 y 1930, es decir, entre el cierre del ciclo de nuestras guerras civiles y la gran crisis. Fue un período de expansión ininterrumpida del mercado mundial y altas cotizaciones con relación a nuestros costos. Así, en contraste con las colonias y semicolonias típicas, en que la explotación imperialista se ejerce a nivel del propio fondo de reproducción del trabajador directo, la Argentina retenía una masa apreciable de sus excedentes (estrictamente, de valores producidos por los trabajadores agrícolas extranjeros, incorporados a la economía nacional por el mecanismo de la plusvalía extra). De este modo, pese al carácter semifiscatorio de la renta oligárquica, quedaban saldos —todavía— para engendrar una clase media relativamente numerosa.

Durante el período de auge, el punto vulnerable de esta economía fue la bajísima absorción de mano de obra. La renta diferencial y el monopolio mercantil sobre las carnes imponían un ruralismo extensivo, o sea, hacer “producir” a la tierra y no a los hombres. Un desplazamiento en sentido contrario habría obligado a intensificar la

tecnificación, desviando la masa de ingresos de la renta a la plusvalía industrial agrícola ganadera. Ello, a su vez, habría suprimido el austerismo como género de vida y la ética de consumo como actitud hacia la ganancia, juntamente con el automatismo cíclico del ingreso. Contados peones bastaban para trabajar grandes áreas, y esta constante demográfica de la oligarquía, ya enunciada por Rosas y Patrón en la polémica con Ferré, reaparece en la añoranza de la Sociedad Rural de los tiempos en que había “un argentino cada 4 vacas”. Como en los latifundios romanos, la alta lucratividad de la unidad económica está en relación inversa con la producción y productividad globales. El desempleo crónico estimula una hipertrofia urbana parasitaria, y el lugar del proletariado ocioso pasa a ocuparlo —con más decoro formal— una clase media vinculada a la intermediación, a la burocracia pública y privada, y a otras actividades del “terciario”, a la que se anexa un proletariado marginal de industrias de exportación, servicios públicos y mercado interno de la plataforma semicolonial. En el polo opuesto: el desempleo abierto de los marginalizados urbanos, las provincias “pobres”, y los rancheríos intersticiales de trabajadores temporarios.

4

### **Prosperidad ficticia**

Emerge así una semicolonía privilegiada, con sus ciudades-puerto “europeas”, y con su sistema multclasista de sectores beneficiados por el librecambio exportador-importador, predispuestos a secundar la colonización imperialista del país. Particular gravitación asume la clase media urbana, fenómeno típicamente rioplatense sin parangón mensurable en el resto de América Latina. La sociedad adquiere así un carácter “burgués” y “europeo”, aun prescindiendo de la presencia inmigratoria. El malentendido reside (para hablar en términos de economía burguesa) en que el peso del sector “servicios” dentro del producto bruto nacional no resulta de una alta productividad del trabajo en la plataforma técnica, sino de los beneficios de la renta diferencial. Así se explica que la quiebra del mercado mundial, a partir de 1930, suma en la mayor crisis a la pomposamente llamada Argentina moderna. El deterioro de los términos del intercambio es la ley que preside la descomposición de esa estructura. En un mo-

mento dado, la asfixia económica llega a afectar las condiciones de la reproducción simple en la misma plataforma industrial y burguesa que, mientras tanto, había alcanzado a delinarse.

### **Se hundan los cimientos**

Si consideramos la economía argentina como un sistema cerrado, es decir, si reemplazamos los valores de uso exportados por los importados, las vacas y el trigo se convierten (desde que se altera la composición de nuestras importaciones y al predominio de importaciones industriales de consumo sucede el de bienes de producción), en el Ruhr argentino, en el corazón de la Rama I cuyo intercambio con la Rama II (en la que figura el grueso de la industria liviana surgida en los últimos años) forma el cauce fundamental del mercado interno y del mecanismo de reproducción simple y ampliada. Pero este Ruhr arcádico y envidiable comenzó a achicarse, a la manera de una piel de zapa, o como si un microbio incontrastable atacase de pronto los altos hornos y fundiciones del Ruhr auténtico, comprometiéndose así la industrialización liviana, los niveles de servicios públicos, el empleo obrero, los excedentes alimentarios de la pequeña burguesía. En una palabra, no ya el proceso de acumulación sino el de la misma reproducción simple.

5

Mientras las crisis capitalistas clásicas involucran en cierto modo el mecanismo de su propia superación (reestablecer la tasa de ganancia a través del desempleo y la liquidación de los saldos, promover desarrollos tecnológicos y de la concentración), la naturaleza esclerótica de la crisis argentina excluye tales mecanismos. Ella se presenta como una crisis crónica y progresiva.

### **Carácter de la crisis**

La raíz de la crisis la encontramos en la persistencia de la oligarquía como clase dominante fundamental, y en su peso en la formación de la conciencia política del conjunto de las clases propietarias. La oligarquía mantiene sus cánones de consumo y su imagen del “ideal nacional” en los términos de la época de la expansión espontánea. Ante el colapso de las determinantes exteriores del sistema

esta lucha por perpetuar los viejos niveles significa, en lo inmediato, un incremento porcentual del peso parasitista y, a mayor plazo, el despilfarro más alegre de las últimas oportunidades para superar con medios burgueses las condiciones de la crisis. Aunque este endurecimiento parezca ilógico e inconsciente, constituye la actitud normal de toda clase explotadora en las vísperas de su colapso histórico. La especificidad de la crisis argentina no quita que se acompañe de fenómenos comunes a toda crisis capitalista, esto es, el acentuamiento de la ley de concentración —la que, en nuestro caso, refuerza las posiciones del imperialismo en su carácter de gran capital. Esto ya fue señalado por la Izquierda Nacional en su análisis de 1955 sobre el Plan Prebisch, cuyo peculiar “industrialismo” no era incompatible con el vasallaje semicolonial sino una de sus manifestaciones.

### **La “contradicción fundamental”**

La descripción que antecede nos conduce a la naturaleza de la “contradicción fundamental”, cuya búsqueda se ha revelado la cuadratura del círculo para ciertos marxistas argentinos. Se trata de una contradicción nacional con el bloque oligárquico-imperialista. Por consiguiente, las tareas impulsoras de la revolución argentina tienen un contenido democrático burgués, a pesar de la generalización de las relaciones sociales capitalistas en el país. La tarea estratégica central la constituye la integración del país en la Federación Nacional Latinoamericana.

El primitivismo ideológico tradicional de la izquierda cipaya exige algunas precisiones obvias para evitar equívocos no siempre ingenuos.

Para el marxismo, nunca fue dudoso que la naturaleza de una revolución derivaba del contenido originario de sus tareas y no de las clases que la conducían. Toda la polémica contra el menchevismo busca demostrar que, siendo correcto que la revolución rusa era una revolución burguesa, de allí no resultaba que la burguesía habría de dirigirla, sino el bloque revolucionario de obreros y campesinos, con una dictadura compartida (Lenin) o con una dictadura proletaria con apoyo campesino (Trotsky).

Tampoco resultaba discutible para los políticos marxistas el que las tareas demo-burguesas no estaban separadas por una muralla china de las tareas socialistas, a las que se entrelazaban en un proceso continuado, acentuándose, según los casos, la sucesión o coexistencia de tal entrelazamiento. Pero no se prestaba a dudas el hecho de que el impulso histórico que conducía al proletariado al poder no provenía de una saturación de capitalismo y sus contradicciones socialistas inherentes, sino de la declinación de un orden capitalista combinado con la impotencia burguesa para acaudillar el movimiento revolucionario. Se trataba de arrebatar a la burguesía las banderas de la democracia revolucionaria. El poder obrero se erigió, finalmente, sobre cuatro pilares fundamentales: la cohesión y peso del proletariado, la revolución campesina, la revolución de las nacionalidades oprimidas, la cuestión de la paz. En los países semicoloniales y coloniales, el proletariado, no obstante su valor minoritario, puede encontrar la ruta del poder, a condición de no aislar sectariamente sus tareas “específicas”, sino de asumir la “contradicción fundamental”, de proyectarse como representación nacional, disputando a la burguesía la jefatura histórica, impeliendo el curso “jacobino”, plebeyo, de la lucha.

7

Cuando se habla de contradicción fundamental en la Argentina dicese que las masas son empujadas a la revolución por la frustración del desarrollo nacional ante la quiebra del orden oligárquico y la impotencia burguesa para sucederlo, es decir, para resolver las tareas que los sectores más lúcidos de la burguesía se vieron obligados a plantear como respuesta a la crisis. Todo el cretinismo intelectual cipayo se ha dado cita, a lo largo de los años, para tergiversar nuestra interpretación revolucionaria de la realidad argentina. Para los lacayos del Barrio Norte, se trata, ante todo, de llevar a la impotencia y el aislamiento al “principal enemigo”: el proletariado. También ellos son fieles a su “contradicción fundamental”.

### **Parábola de la industria liviana**

Sin embargo, el primer efecto de la crisis del mercado mundial consistió en promover el desenvolvimiento de la industrialización argentina. El reajuste de la balanza de pagos obligó a la oligarquía a restringir las importaciones, creando —indirectamente— una cierta

protección industrial. En ciertos momentos el control de cambios, al obstaculizar las remesas, impuso la reinversión dentro del país. Este “proteccionismo” operaba en el marco de serviles concesiones al comprador extranjero, de entrega de los resortes económicos y de un intervencionismo orientado a mantener el alto ingreso oligárquico sobre el hambre del país.

Resulta así que la evolución hacia la economía industrial no procedió de un crecimiento de las fuerzas productivas internas sino del colapso de las determinantes exteriores de la vieja semicolonía privilegiada. Ello influirá sobre la madurez y preparación de las fuerzas actuantes, y producirá importantes desplazamientos en los mecanismos de representación política. Estrictamente, en el período que se cerraba no había existido margen para la maduración de tales fuerzas, ya que la acumulación se desviaba hacia oportunidades mercantiles e inmobiliarias, y un “proteccionismo al revés” vigilaba el acatamiento a la división mundial del trabajo.

Así, nuestra industrialización proviene inicialmente de la pérdida de un status semicolonial determinado. Luego generará movimiento e impulso propio, si no “ideología burguesa”, sucedáneos y “cultura” de país industrial. Pero el primer impulso está en la imposibilidad de mantener lo antiguo. Lo antiguo no es destruido por la nueva estructura que así brota y se afirma. Por el contrario, es el colapso del viejo orden el que genera los elementos iniciales de la nueva estructura, los cuales, antes de cobrar madurez, afianzamiento y predominio, son alcanzados por la decadencia general de un orden muerto pero no enterrado. La Europa burguesa derroca y liquida a la Europa feudal en cuyas entrañas había nacido.

La Argentina del patriciado oligárquico, en cambio, comienza a sucumbir por la declinación del orden imperialista; pero la Argentina burguesa, engendrada como hija ilegítima y no querida, no logra consumir su parricidio histórico y es, a su turno, herida de muerte, en un momento ulterior del quiebre imperialista. Cada hora que pasa, cada nuevo fracaso, alejan a esa Argentina de lo que debió ser su tabla salvadora: la industria pesada liberándola del cordón umbilical con las divisas agrarias. De ese modo, un proceso que arranca de una coyuntura de imposibilidad navega hacia un puerto que se aleja, sellando así el naufragio de la nave.

Por esta vía, la Argentina burguesa ha realizado el milagro de ausentarse del tiempo permaneciendo en él. Vive a la diestra del Señor antes de que su alma inmortal haya abandonado la cárcel terrena de su cuerpo. Como presente es imposible, pues el declinante fondo agrario no puede seguir manteniendo la estructura industrial liviana, más aun si añadimos la hipoteca del derroche oligárquico. Es también imposible el retorno al pasado, a una monoproducción exportadora que obligaría a emigrar a 10 millones de argentinos. Y es imposible que el mecanismo burgués de acumulación, con el despilfarro y anarquía inherentes, y mediatizado por la hegemonía oligárquica, genere su futuro, su fundamento de viabilidad en la industria pesada, ni por la vía de la acumulación nacional, ni por la vía de las inversiones imperialistas.

### **Vulnerabilidad de la estructura**

La vulnerabilidad explosiva de la crisis argentina reside en el hecho de que esta estructura, sin lugar en el tiempo, en el universo lógico de lo posible, existe, no obstante, y nosotros en ella, con su nivel de cultura capitalista correspondiente al de países de avanzado desarrollo burgués o, incluso, imperialista. Y con la vulnerabilidad de la coyuntura de una economía monetaria y salarial generalizada. Aludimos con “cultura” al nivel de urbanización, al vivírsela como irreversible, a la conciencia sindical, al industrialismo como principio compartido, a los datos de la estructura social principalmente, a la magnitud del proletariado y la pequeña burguesía, sin olvidar las tradiciones de alto consumo popular. Pero estos índices elevados reposan sobre un sustituto en liquidación de la industria pesada. Para un nivel equivalente, ya los beneficios de la exportación de capitales otorgan a los países imperialistas de menor rango el lubricante interno de la plusvalía periférica. La Argentina, por el contrario, lejos de gozar de este factor equilibrador, soporta una condición tributaria. Nuestra “atipicidad” capitalista se convierte en tipicidad por excelencia. Somos un capitalismo de alta concentración proletaria y, simultáneamente, un capitalismo agravado, en la época de la declinación mundial del sistema.

## 2. LA ESTRUCTURA OLIGÁRQUICA

La oligarquía terrateniente, como clase dominante, constituyó su propio aparato político, administrativo y cultural, presentándolo como expresión del país en general, e influyendo en alto grado sobre el conjunto de las clases sometidas. Esta influencia gravitó especialmente sobre las clases de la plataforma librecambista del litoral agro-portuario (pequeña burguesía urbana y chacarera, pequeños y medianos ganaderos, proletariado marginal, etc.). Exclusión hecha de los peones, este sistema de clases populares tenía una posición dual ante la oligarquía gobernante: discutía su monopolio del poder político y los excedentes netos, pero coincidía con ella en apoyar el programa librecambista de la semicolonía agraria. Ignorante del país en su conjunto, separada por su origen inmigratorio de las tradiciones federal democráticas del siglo XIX, fijada empíricamente en condiciones transitorias que ya empezaban a deteriorarse en el momento de su esplendor, e influida por las transposiciones mecánicas de fórmulas del liberalismo europeo, esta coalición de clases sirvió a la oligarquía más que lo que la combatió.

10

### El litoral agro-portuario

Si, por ejemplo, consideramos a los chacareros medios y ricos, encontramos que el fundamento de su conflicto con la oligarquía arrendadora es la aspiración a la propiedad de la tierra. Bajo esta lucha por la propiedad se esconde la apetencia del “producto” íntegro de esa tierra, es decir, una lucha por la renta. Pero esta renta, siendo una renta diferencial, constituye un impuesto al trabajo extranjero, a través del mecanismo del cambio internacional. Nos encontramos, pues, ante una identidad parasitaria, consistente en la alienación al mercado extranjero y al fetiche del librecambio, que se refuerza con el enfrentamiento burgués del chacarero con sus peones. La relación descrita se ha modificado en diversos grados y maneras por el impacto de la crisis y el incremento del consumo interno. No lo suficientemente, sin embargo, como para que al considerarse estas tesis, el ministro de Economía no se jactase ante el público oligárquico, en la Sociedad Rural, de haber reajustado el precio interno del trigo a

su precio internacional. Pero como el precio internacional excede el valor realmente creado por el trabajo argentino, resulta que una masa de riquezas que pertenece al país en su conjunto y debiera integrar su fondo de acumulación, queda expropiada en favor de terratenientes y chacareros, que lo destinan preferentemente al consumo individual.

El Socialismo de la Izquierda Nacional ha demostrado, en consecuencia, que el eje de la revolución agraria en la Argentina lo constituye la masa de peones agrícolas, jornalizados temporarios, semiocupados de los suburbios de los pueblos rurales, proletarios de industrias y transportes rurales, y los estratos de chacareros pobres y otras categorías explotadas de la baja clase media rural. Ponemos especial énfasis en nuestra solidaridad con los obreros temporarios del NOA y el NEA, quienes, junto con los procedentes de Bolivia, Paraguay y Chile constituyen la principal víctima del aparato succionador de la oligarquía, y a quienes les está reservado un papel de primer orden en la lucha por su expropiación. Definimos el objetivo revolucionario en el campo como nacionalización de la tierra. Con ello afirmamos que se trata de colocar su renta al servicio de la economía nacional y su desarrollo. Nos delimitamos de la “reforma agraria” que, en el lenguaje político argentino, envuelve la reivindicación de esa renta por las clases chacareras librecambistas del litoral. En cuanto a la organización concreta del régimen de propiedad, dependerá del curso mismo de la lucha, de las necesidades generales, y de las relaciones que específicamente se establezcan entre las diversas clases participantes, como asimismo de las reivindicaciones transitorias para los sectores pobres y medios del campo.

11

### **El frente librecambista**

Esta identidad por encima de las contradicciones de la plataforma librecambista del litoral fue bien percibida por Juan B. Justo a fines del siglo XIX, cuando proponía formar un gran partido librecambista con todos los sectores ligados a la exportación erigidos en “burguesía ilustrada”, contra la “política criolla”, “caudillista”, “feudal”, es decir... nacional-burguesa. Se “marxistizaba” así la antinomia “civilización-barbarie”, oportunamente pulverizada por la crítica alberdiana.

En los hechos, la tesis de Justo obtuvo a la larga un amplio triunfo, y debemos señalar que la totalidad de los partidos argentinos “tradicionales” se constituyeron bajo el horóscopo de la colonia libre-cambista privilegiada en el medio siglo de su apogeo histórico. Ello es válido no sólo para el conservadorismo, el socialismo de Justo, la democracia progresista, sino también para el radicalismo, aunque por vías diferentes. Aunque aquel apogeo ya es cosa del pasado, la persistencia de sus efectos en el campo de la superestructura no puede subestimarse. Fuera del hecho de que la oligarquía no puede modificar su conciencia tradicional sin condenarse, ello se debe a que en los referidos sectores populares se produce una remisión inconsciente a una edad dorada en que el libre cambio les aseguraba holgura y “status”. El viejo optimismo agropecuario y europeísta sobrevive como prestigio intangible de los tabúes del pensamiento cipayo, como remisión a una nostálgica “edad dorada” y como sorda y astuta resistencia a todo replanteo de la realidad nacional. En el campo de la izquierda, so pretexto de delimitación “antiburguesa”, se da con caracteres de fijación la vieja oposición reaccionaria a los movimientos de masa de la clase trabajadora.

12

Es, pues, con justa tenacidad que el Socialismo de la Izquierda Nacional ha insistido en la revisión histórica y en la crítica de la historia de los partidos políticos, no como prólogo erudito de sus tesis, ni por afán tradicionalista, sino porque la crítica histórica es constitutiva de la experiencia y de la razón políticas.

### **La conciencia histórica**

Superando el realismo ingenuo —que porque la experiencia colectiva es la base de la autoconciencia política deduce erróneamente que esa experiencia se dirige a un sentido común “de las masas”—, la Izquierda Nacional ha señalado que la posibilidad de una experiencia, su forma concreta de asumirse, está relacionada con la naturaleza del sujeto histórico colectivo. Esta naturaleza no sólo depende de la infraestructura de clase y de las relaciones objetivas de clase en un momento dado, sino también de la configuración mental heredada, del sistema de categorías e intencionalidad con que se organiza la representación y juzgamiento de la realidad. Tal sistema se recibe como

tradición interna de clase y como tradición comunitaria. Esta última, en grado decisivo, es impuesta por la clase dominante.

Las transformaciones objetivas de la sociedad, y la prueba a que la someten las sucesivas experiencias, constituyen otros tantos embates a su vigencia, pero no modifican automáticamente el sujeto histórico y su capacidad de actuar sino en la medida de la interiorización de la experiencia, vale decir, en la medida en que el sujeto histórico consiga transferir la materialidad de su experiencia a una nueva estructura mental que le permita asimilarla en su plenitud objetiva.

Si el asumirse de la dialéctica objetiva se da como dialéctica entre realidad y conciencia, esta última, a su vez se desplaza al plano de la conciencia misma. La vieja conciencia asume la realidad como una negación, puesto que se intuye negada por ella. Se cierra a la experiencia, o la tergiversa. La nueva conciencia se afirma en la destrucción de las antiguas categorías que la aislaban de la realidad, y por esa superación crítica restablece su unidad con el objeto, la inteligibilidad de éste, su maleabilidad a la acción práctica.

La crítica histórica de la Izquierda Nacional realiza este requisito de la desalienación autocrítica del pensamiento de izquierda, inexcusable en un país cuyas ideologías modernas nacieron en el crisol de una dorada dependencia semicolonial. Por otra parte, sólo a través de un tal proceso puede hablarse de asimilación del marxismo a la realidad: cada uno de sus momentos contiene la totalidad del desarrollo, no en el sentido causal-determinista, ni por una vuelta circular a los orígenes —como quieren los tradicionalistas— sino en el sentido de que la comprensión correcta de cada coyuntura es inseparable de una interpretación adecuada del proceso formativo y de un proyecto válido de superación revolucionaria.

Finalmente, el carácter actual —político— de nuestra problemática histórica deriva del incumplimiento de las tareas planteadas en los umbrales mismos de nuestra vida independiente, por la generación morenista, artiguista y bolivariana, es decir, las de la unidad nacional latinoamericana, la soberanía industrial (Moreno) y la revolución agraria (Artigas).

De un modo empírico, se comprueba la persistencia del bloque de las políticas e ideologías librecambistas en el hecho de que cada situación de crisis del sistema determina la convergencia de un

frente único de todas esas fuerzas. La Unión Democrática no es una mera coyuntura referida a cierto año, sino una categoría general que se reconstituye empíricamente en cada encrucijada crítica. Esta comprobación desmiente a quienes nos censuran el sobreinsistir en la crítica al 45 ó al 55, como si el mero transcurso del tiempo prescribiese culpas cuyos fundamentos persisten en la política actual de las fuerzas cuestionadas. Nuevamente aquí se pone en evidencia el carácter constitutivo de la crítica histórica en la formación de la conciencia política revolucionaria.

### **Endeblez ideológica**

Pero la persistencia a que aludimos es reforzada por un factor nuevo: la debilidad o inexistencia doctrinaria y teórica de nuestros movimientos de masas, el yrigoyenismo y el peronismo. En el caso del yrigoyenismo, la debilidad se explica no solamente por su carácter socialmente heterogéneo, sino también por su presencia en el compromiso de una nueva clase media antioligárquica pero liberal. En el peronismo, la inhibición ideológica procede de la explosiva antinomia entre su base proletaria y su dirección nacionalista burguesa, la indefensión teórica operando como un mecanismo suplementario de seguridad. En esta ineficacia ha de encontrarse la explicación de la incapacidad de ambos movimientos para soldar firmemente un frente de las clases populares.

14

### **Yrigoyenismo: su dualidad**

La dualidad del radicalismo yrigoyenista se explica por la dualidad fundamental de sus componentes. Para el viejo país criollo un capítulo se había cerrado con la derrota del partido federal en Pavón. La “traición” de Urquiza, como la traición antiartiguista de Ramírez, reflejaba la ambivalencia de los ganaderos litoraleños: antiporteños, pero librecambistas. Y si bien nuestra implantación en el mercado mundial era inevitable y progresiva, no lo fue, en cambio, la forma histórica concreta que ella asumió. Como la consolidación de la economía bonaerense no resolvía la cuestión nacional argentina, el residuo federalista tuvo arraigada persistencia y encontró nuevos moldes

donde fermentar, desde el alsinismo porteño al roquismo provincial. Hasta que no creció suficientemente una clase media urbana, de tipo moderno, el proceso no pudo seguir más adelante. La resistencia de las provincias liquidadas por el librecambio, la presión de los sectores agrarios más dinámicos, la resistencia democrática de la vieja plebe criolla de la ciudad y el campo no bastaban ante un proceso vertiginoso de expansión capitalista colonial y centralización estatal. Excluidas las masas por la consolidación del estado oligárquico-burgués, en lo inmediato sólo se abrían alternativas dentro de las clases dominantes. El ciclo roquista significó una opción más nacional y unificadora frente al mitrismo unitario de la burguesía mercantil porteña y los terratenientes bonaerenses. En tal sentido, el 80 fue una victoria nacional, y el 90, un ensayo general de Unión Democrática, es decir, de utilización de la pequeña burguesía porteña por la banca extranjera, la burguesía comercial y los estancieros.

El antirroquismo, una de las taras más significativas de la intelectualidad política argentina, es la versión negativa de su mitrismo, de su alienación antinacional teñida de reivindicaciones “democráticas”. “Democracia” es aquí la impersonalización de la política para colegiar su monopolio entre los miembros de la clase dominante, que odia la dictadura en César y la saluda en Sila.

15

### **Clases medias**

El segundo componente del yrigoyenismo fue la clase media engendrada por el proceso capitalista agrario y de urbanización parasitaria. De ambos componentes, el eje lo constituyó el viejo partido federal, es decir terratenientes periféricos, ganaderos y aun terratenientes bonaerenses, y masas criollas del campo y de la ciudad. Este eje asimiló a los sectores plebeyos de la pequeña burguesía urbana. Pero su propio origen precapitalista le impedía promover una síntesis más alta: el nacionalismo industrial. El sector liberal del radicalismo, afincado en la alta clase media urbana y en la burguesía comercial porteña, pugna insistentemente (Melo, Alvear, etc.) por abatir el movimiento a simples reivindicaciones de democracia política formal. Los cíclicos acuerdos de Yrigoyen con dicho sector se explican por el liberalismo económico de que participaba la propia plebe radical

urbana, la clase media agraria e Yrigoyen mismo, su agrarismo, su antiindustrialismo en ocasiones, su porteñismo.

El colapso del sistema, a partir de 1930, imprime a la política radical un sesgo cada vez más acentuado de oposición tolerada al conservadorismo gobernante, de contenidos puramente democrático-formales. El alvearismo se erigirá en puntal del frente popular, preparando la Unión Democrática del 45. Enterrada la sustancia nacional-yrigoyenista, la oposición radical a Perón lo será contra el “fascismo”. A la “demagogia” peronista se opondrá una justicia social abstracta, desligada de la independencia económica, y a esta última, a su vez, se le opondrá un antiimperialismo fragmentario, defensivo y fetichista, sin proyecto orgánico de fundar una economía nacional. Así, el radicalismo alvearizado de la década peronista tiene su derecha unionista y su “izquierda” avanzada. Esta última, encabezada por Frondizi, no arranca de una actualización del yrigoyenismo, sino de los contenidos ideológicos del “frente popular”, adversaria de forja y a mitad de camino entre Alvear y Codovilla.

### **Contradicciones librecambistas**

16

Del mismo modo que el impacto de la crisis engendra elementos materiales para la negación del régimen, ya que el control de cambios produce cierto proteccionismo industrial, también genera oposiciones ideológicas que, sin trascender los límites del viejo sistema, preparan el camino para una formulación positiva del proyecto de economía nacional. El latorrismo, con su polémica de las carnes, expresa a la burguesía ganadera sacrificada en la crisis a sus socios mayores: el imperialismo y la oligarquía invernadora. La ilusión de civilizar al patriciado para poder unirlo con la legitimación del sufragio universal desemboca en este epílogo amargo.

En cuanto al nacionalismo oligárquico, su prehistoria son las bandas “patriotas” antiobreras y la sedición septembrina contra la soberanía popular. Desplazado al retirarse Uriburu, un sector ya ideológicamente fascitizado asume la denuncia de la entrega justista al imperialismo inglés. Su importancia ideológica reside en el revisionismo histórico, centrado en un panegírico a Rosas donde confluyen todas las contradicciones de dicho movimiento: su dependencia oli-

gárquica, referida al héroe de los terratenientes bonaerenses en una etapa de su desarrollo como clase; su antiliberalismo reaccionario, que bebe en el chauvinismo agresivo del mundo imperialista en descomposición (fascismo, nazismo), y se adapta a la misma repulsa oligárquica contra la soberanía popular que los llevó a conspirar contra Yrigoyen... y contra Perón; y, simultáneamente, el rechazo de ciertas formas de expoliación imperialista, que busca en Rosas los antecedentes de una política exterior decorosa. La tentativa —egregiamente rivadaviana— de aplicar a los problemas planteados por la liberación argentina el nacionalismo reaccionario de las metrópolis opresoras produjo, entre otros funestos resultados, el de contribuir a alejar del campo nacional a vastos sectores de la pequeña burguesía. De nada vale señalar que estos sectores, en buena medida procedían de la vieja clase media vinculada a los intereses del mercado internacional si, al mismo tiempo, no se advierte que la industrialización dio nacimiento a una nueva clase media vinculada al mercado interno. La provocación “antidemocrática” alejaba a estos sectores del movimiento de las masas trabajadoras, contribuyendo al éxito de las tergiversaciones oligárquicas. El trasvasamiento del nacionalismo oligárquico a la superestructura ideológica y cultural del régimen peronista limitó así la capacidad expansiva de este último, impidiéndole superar una grave escisión en las clases populares. El otro papel que cumplió durante el peronismo la ideología del nacionalismo oligárquico fue el de dar a la burguesía nacional gobernante una teoría del equilibrio de clases fundada en la justicia social distributiva que no alterase el “statu quo” de la explotación.

Históricamente, este concepto de la justicia social se origina en el “antiburguesismo” de las fuerzas feudales, que oponen a la expansión dinámica del capitalismo la imagen de una sociedad paternalista con equilibrio general de clases. Si durante 1943-45 la falta de una política burguesa convirtió al nacionalismo oligárquico en sucedáneo de equipo civil burgués, sus métodos reaccionarios facilitaron el cerco imperialista contra el régimen juniano. En la movilización peronista ya no les cabe ningún papel positivo. Sí les cabe uno negativo, en la estabilización del régimen una vez alcanzado el poder y, por supuesto, en la infamia del 55, en la del frigerismo y en la del “coloradismo”. El abrazo con Zavala Ortiz rubricó la vuelta a sus orígenes del sector

colorado. Pero más que el destino de la tendencia en sí misma, importa el hecho de que su influencia aun se ejerce incluso sobre muchos cuadros peronistas que repudian en el nacionalismo oligárquico al gran Judas del 55. El antisemitismo purulento; el anticomunismo; la interesada “confusión” entre Marx y Codovilla; un antifubismo universitario que —incluso con lenguaje de izquierda— no puede ocultar su origen en el odio ultramontano contra la Enciclopedia, el microscopio y la Revolución Francesa; el culto soreliano-fascista a la violencia (igualmente impregnado, en ciertos casos, de “marxismo”); y ese “marxismo rosista” con que ciertos intelectuales manifiestan su atadura a las opciones portuarias, son algunas de las manifestaciones que asume esta influencia.

### **FORJA**

Si incluimos a FORJA en esta nómina, es para subrayar que su fracaso en convertirse en un gran partido nacional reside en las limitaciones de la tradición yrigoyenista. Estas limitaciones son de dos órdenes: subestimación del proletariado industrial como realidad —la más dinámica— en las nuevas condiciones creadas; atadura a las concepciones de un nacionalismo defensivo, con subestimación de una política industrial orgánica. Por ambas razones, el peronismo no representa un mero pasaje de la teoría a la puesta en práctica, sino una superación de nivel respecto a FORJA, su más ilustre precedente.

18

### **“Trotskismo”**

En el campo de la izquierda, los partidos “tradicionales” giran en la órbita del imperialismo “democrático”. Si el gobierno proscribe al P.C., el alvearismo lo legaliza en el Frente Popular. El Socialismo Obrero es pulverizado en sus limitaciones centristas, quedando, aislado, el ejemplo de Joaquín Coca. Entre los grupos “trotskistas”, numéricamente muy débiles, se delinea una tendencia que pone el acento en la “democratización” y en el apoyo “táctico” a los “partidos obreros reformistas”, es decir satélites de lo antiguo, y una tendencia internacionalista militante, cuya lucha contra la guerra imperialista y

sus agentes “democráticos” le abrirá el camino para el replanteo de la cuestión nacional.

### **3. EL CICLO NACIONAL-BURGUES: PERONISMO Y FRONDIZISMO**

El rasgo central que define nuestro proceso político es el de la dominación imperialista y oligárquica. La lucha contra esta dominación ha constituido el carácter eminente de los movimientos de masa de la Argentina moderna: yrigoyenismo y peronismo. El tránsito del uno al otro se origina en la crisis de la vieja dependencia y en la aparición de nuevas fuerzas sociales, hijas del proceso industrial, a saber: proletariado fabril, empresariado burgués, pequeña burguesía urbana y rural ligadas al mercado interno. Cabe añadir las fuerzas marginadas del viejo desarrollo agropecuario (sectores populares de las provincias “pobres”, peones rurales, sectores inferiores de las viejas formaciones proletarias y semiproletarias) y los sectores nacionalistas de la burocracia civil y militar.

Lo que llamamos política nacional burguesa no involucra exclusiva o necesariamente a la burguesía nacional o a la burguesía industrial como clase. En la Argentina, la única clase que generó en plenitud una superestructura fue la oligarquía terrateniente y mercantil. En cuanto a la burguesía industrial, su carácter dependiente, su enajenación ideológica y política, el raquitismo y ambigüedad de su superestructura, se manifiestan paso a paso y no es preciso insistir sobre el fenómeno. Pero no es menos cierto que ni la oligarquía ni el imperialismo consiguen equilibrar con la burguesía industrial un orden compartido. La lucha por los excedentes cobra así un carácter compulsivo, violento e insoluble, al margen del déficit de conciencia de clase de aquella burguesía. El punto de arranque del conflicto es, pues, un conflicto nacional, vale decir, determinado por un bloque social opresor que impide el proceso de acumulación capitalista. Su contenido histórico es un contenido burgués. Pero el fracaso histórico en asumirlo de las direcciones burguesas y la impotencia conductora de la pequeña burguesía como clase, desplazan hacia el proletariado la responsabilidad de la dirección.

Sin embargo, la política nacional burguesa no ha quedado ceñida al ámbito mismo de la clase burguesa industrial, y con frecuencia se ha puesto en práctica a pesar de ella, aunque siempre contando con su presencia objetiva como uno de los puntos de apoyo.

Esta separación entre la clase y su política teórica se explica porque el déficit de conducción que ella produce deja en pie los problemas que necesitan resolverse. Por otra parte, en la experiencia de todas las clases sometidas a la crisis semicolonial, de los estamentos y superestructuras, la primera respuesta a esta crisis no consiste en cuestionar el orden capitalista sino la dependencia semicolonial y oligárquica. Este cuestionamiento se formula en forma de un programa positivo de reajuste del orden existente, que varía según la naturaleza y situación de cada clase. En circunstancias históricas especiales, que no fueron las argentinas, los trabajadores pueden entrar directamente, o casi directamente, en el campo de la política socialista revolucionaria. Entre el yrigoyenismo y el peronismo el salto en calidad reside en el paso de un mero nacionalismo defensivo hacia un proyecto de nacionalismo industrial orgánico, en que un capitalismo económicamente soberano, mediante el puente de la justicia social y la regulación del Estado, asociaría a todas las clases a los beneficios de su expansión.

20

Incluso en el proletariado, tanto más en las restantes clases populares, el tránsito del nacionalismo burgués a una política socialista revolucionaria se da como superación y ahondamiento de las meras posibilidades “nacionales”. A su vez éstas, en su inmediatez, sólo pueden ser “burguesas”, es decir, resolverse en un fortalecimiento y en un predominio de la burguesía nacional. Nos referimos, principalmente, a los programas del nacionalismo militar y de los movimientos de la pequeña burguesía nacionalista, al bonapartismo y al reformismo político y sindical de la clase obrera. Todos estos programas y movimientos entran en crisis porque su destinatario objetivo —la burguesía— es ya impotente, no sólo para acaudillar el proceso, sino para consolidarlo una vez consumado. Surge así, ante la conciencia de los trabajadores primeramente, y de las capas más oprimidas de la clase media después, la necesidad de trascender revolucionariamente un orden de propiedad burguesa que no admite reformas, ya que exige su superación revolucionaria.

## Antiburguesismo cipayo

El Socialismo de la Izquierda Nacional ha condenado el “antiburguesismo” de la vieja izquierda antinacional por esconder un sometimiento al frente oligárquico. Enfrascada en la consideración abstracta de la burguesía industrial como clase, esa vieja izquierda discutía de hecho el movimiento nacional real (Yrigoyen-Perón). Diversas formaciones de “izquierda independiente” han reproducido la misma ceguera, vale decir, se han negado a sumergirse en el cauce de las luchas históricas vivientes, han abstraído lo que resulta el término del proceso —la conciencia socialista revolucionaria— de su sendero formativo, gravitando así estéril o negativamente. Aquí se incluye cierta “izquierda peronista” que reproduce desde dentro del peronismo la visualización que de las masas obreras tuvo la Unión Democrática: masas engañadas por sus direcciones. Tal izquierda absolutiza rabiosamente el antagonismo entre la burocracia y la base, olvidando que, en tanto peronismo, esta oposición se da en el marco de una conciencia y una organización nacional-burguesas y sindical-reformistas, que no pueden ser superadas apelando a meras circunstancias tácticas, programas enunciativos o simples cambios de equipos.

21

Por su parte, esta izquierda antinacional, proyectando en el socialismo revolucionario su propia confusión teórica, lo acusa de “idealizar a la burguesía” y de propugnar la conducción burguesa, lo que es, únicamente, una correcta caracterización de la crisis argentina y de la dinámica de la política revolucionaria.

## Peronismo y 55

El ciclo de la política nacionalista burguesa tiene sus antecedentes y contribuciones formativas en los diversos movimientos de oposición al sistema de la “década infame” cuyas limitaciones también se han señalado. En cuanto proyecto de industrialización burguesa y de capitalismo de Estado, su fuente principal, sin embargo, la constituye la generación nacionalista militar, ante la cual la industria pesada aparece como fundamento de poder bélico y soberanía nacional. Esta singularidad ya ha sido explicada por las condiciones imperantes hasta la década de 1920. Sin embargo, todavía habría de pasarse la

experiencia uriburista y la del “ejército profesional”, “despolitizado”, instrumento del fraude oligárquico. Pero el industrialismo militar debió democratizarse a través de Perón, cuajando con las movilizaciones de 1945 y 1946, en el gran frente nacional cuyos puntales fueron el proletariado por un lado, y el Ejército nacionalista, por el otro.

En la medida de su intervención en la industria pesada, el Ejército actuaba como burguesía él mismo; y en la medida de su programa de capitalismo industrial soberano, actuaba como partido de facto de la burguesía nacional. Pero la fuerza histórico-social de esta jefatura burguesa se extraía de la participación de las masas trabajadoras. Se delineó así en la conducción un bonapartismo democrático burgués cuya síntesis era Perón. El Estado peronista y el movimiento peronista eran burgueses porque no propusieron trascender las condiciones de un capitalismo progresista; el apoyo obrero y popular les confirió su carácter socialmente democrático. Su naturaleza bonapartista derivaba de que en él la burguesía nacional no ejercía, como clase, la conducción; su gobierno era indirecto y de hecho, la política nacionalista burguesa le fue impuesta a pesar de sus aprensiones, de su oposición a la “demagogia” y de su miedo a las represalias imperialistas. La condición material inmediata que permitió tal política fue la acumulación de divisas durante la guerra y los altos precios de la inmediata posguerra. Cuando estas condiciones desaparecieron, el frente de clases de 1945 entró en crisis. Su componente burgués pasó a la oposición y a la conspiración.

Pero la jefatura peronista —Perón en primer término— no enfrentó esta pérdida de factores de poder apelando a una movilización y organización revolucionarias de las masas. Sin pretender convertir la apelación a las masas en una panacea política, y conscientes de que el esfuerzo para limitarlas durante 10 años a un capitalismo “progresista” gravitaba funestamente sobre la politización general y la selección de los cuadros, no es menos cierto que un leve impulso adicional habría permitido —como lo reconocieron los mismos triunfadores de septiembre— aplastar la sedición oligárquica. La jefatura burguesa permaneció fiel a su condición de clase, negándose a un triunfo que hubiera exigido ahondar el curso de la revolución popular. Se optó por “no derramar sangre”. Los espectros de Junio fueron la respuesta.

¿Por qué cayó Perón? Porque la burguesía, en su expresión más revolucionaria, se negó a llevar adelante, consecuentemente, la revolución. En el origen del 55 están estos dos hechos: que los saldos de guerra y posguerra no llegaron a cuajar en una plataforma industrial pesada, a pesar de su carácter excepcional que nunca más volverá a reproducirse; y que el potencial económico de la contrarrevolución, la propiedad terrateniente e imperialista, habían quedado intactas.

Pero debe añadirse que el mediador concreto de esta contrarrevolución fue el propio aparato del Estado peronista. La burocracia civil y militar, instrumento de la contención de las masas en los límites del impotente capitalismo progresista, estrangula la revolución, rompe el nervio de la acción independiente de las masas, y termina pasándose al bando contrarrevolucionario.

Si el peronismo hubiera logrado las condiciones de una estabilidad burguesa, engendrando una plataforma pesada para la industria liviana en desarrollo, el 55, de haberse producido, habría resultado un “Thermidor”, es decir, una consolidación del nuevo orden, despojándolo de su tumulto plebeyo, de la presencia activa de las masas.

Pero el “Thermidor” con que soñaban la burguesía y el bando lonardista resultó una Restauración. Cuando en el seno de ella, la burguesía intentó hacer su propia política sólo atinó a producir el frondizi-frigerismo, la utopía de reemplazar con créditos extranjeros la masa de maniobra financiera que permitió a Perón otorgar salarios al proletariado, crédito a la industria y precios al campo.

23

### **Fronidizismo**

Mientras continuaba con las devaluaciones y el desmantelamiento de la estructura económica, traspasando masivamente poder de compra a los terratenientes y al imperialismo, el frondizismo aguardaba un desarrollo industrial rápido mediante inversiones extranjeras. Se movía en la hipótesis de que ese desarrollo alteraría la relación interna de fuerzas entre la burguesía industrial y los terratenientes, por el mero efecto de los ritmos de crecimiento. Se abandonaba a los terratenientes la presa de la renta agraria para distraerlos, en tanto se crecía con dólares imperialistas. En su momento se caería sobre ellos,

y se renegociaría con el propio imperialismo, respaldándose en el mismo poder que el imperialismo había graciosamente concedido.

En el fondo de esta utopía está el aria Krusheviana de la coexistencia y emulación pacíficas, los lugares de EE.UU. y la URSS ocupados por terratenientes e industriales respectivamente. Pero, afinando aun más el oído, escuchamos sonar la cuchilla estalinista, la abstracción del desarrollo sobre los hombros triturados de las masas. Por desgracia, para hacer una revolución se necesitan otras virtudes que para enterrarla, y el 18 de marzo midió el abismo que se había franqueado al prescindir de la opinión de los trabajadores. Como en tantos otros casos, y aun desde antes de 1955, sólo la Izquierda Nacional señaló la raigambre “estalinista” del izquierdismo de Frondizi, y el eco no menos estalinista del “desarrollismo” de Frigerio.

Claro está, esto no significa que Frondizi-Frigerio encarnen una “conspiración marxista” para producir el caos. Cuando el nacionalismo oligárquico así lo pretende no hace sino personificar el proceso objetivo de las tendencias sociales, ya que la fuente del caos no está en el complot de los individuos sino en la disolución de un régimen.

Tampoco significa que Frondizi-Frigerio representen socialmente las mismas fuerzas que el antiguo conservadurismo pro-inglés y vacuno, como parece creerlo la izquierda cipaya, para la cual, de noche todos los gatos son pardos. En este tipo de “antifrigerismo” se descubre el sello modificado del viejo antiperonismo reaccionario de “izquierda”. De ahí que confluya con el odio de los sectores oligárquicos más retardatarios, el odio a la industrialización, incluso a su miserable simulacro capitulador de Frondizi-Frigerio. Metodológicamente, la abstracción de englobar a todas las clases dominantes y sus fuerzas en una categoría homogénea implica cerrarse el camino de la política real, reemplazar el marxismo por una confusa oposición de pobres contra ricos. Sólo es posible entender el frondizismo a partir de su contenido pequeño burgués nacional, que, desde el poder, se trasmuta en política directa de la burguesía industrial capituladora. En cuanto al frigerismo, constituye un puente entre este sector interno y el imperialismo norteamericano, con predominio progresivo de este último.

## Parábola crítica de la industria liviana

De un modo general, la impotencia de la burguesía nacional para cumplir las tareas democrático-burguesas se explica, en el campo político por su pánico a la movilización del proletariado, y en el campo económico por la incapacidad de la acumulación capitalista en un país dependiente para generar un salto cualitativo de las fuerzas productivas al nivel de la industria pesada. Esta impotencia se debe a los siguiente hechos:

a) La naturaleza de la acumulación capitalista, que supone un respeto general a la propiedad privada en todos sus matices. Sucede así que los excedentes del trabajo nacional encuentran múltiples canales diversionistas para la inversión improductiva o marginalmente productiva, resultando sumamente difícil asegurar un orden de prioridades;

b) En el caso argentino, la tendencia se agrava por la naturaleza capitalista de las clases más parasitarias, como la oligarquía. Ello impide que la burguesía propiamente dicha plantee ni siquiera reajustes en la estructura social, del tipo revoluciones mexicana o boliviana;

c) El deterioro creciente del mercado internacional. Para Latinoamérica, en los últimos tres lustros, ello ha significado la pérdida de un 25 por ciento del poder adquisitivo de sus exportaciones, según el último informe de la CEPAL a la ONU. Parte de este déficit debe enjugarse con sucesivos préstamos. El resultado, ya tradicional, es que la corriente de exportación de divisas supera la corriente de importación de capitales;

d) Este deterioro de los términos del intercambio responde a las leyes incoercibles del capitalismo contemporáneo. En efecto, la ley de formación del precio medio supone una expropiación parcial o total de excedentes, de las zonas de menor composición orgánica y productividad del trabajo a las de mayor tecnificación capitalista. Al incrementarse de esta suerte la tasa metropolitana de ganancia y, en consecuencia, los ritmos de acumulación, el desnivelamiento se acentúa. Cada vez menos trabajo metropolitano se cambia por cada vez más trabajo colonial;

e) Reforzando este proceso, cabalga la cartelización de la oferta de bienes industriales y de la demanda de bienes agrícolas;

f) En el mismo sentido, las políticas de subsidios a la agricultura norteamericana y europea, los aranceles proteccionistas y los presupuestos de guerra. Los propios productores semicoloniales contribuyen al pago del subsidio, ya que los impuestos que los financian se transfieren a los precios industriales, encareciendo nuestras importaciones. De este modo, el subsidio retarda la acumulación colonial, en la misma medida en que acelera la acumulación metropolitana. El desnivelamiento creciente entre el centro imperialista y la periferia realiza lo que la soberbia economía burguesa había desmentido, generación tras generación, en el pronóstico de Marx: la acumulación de la opulencia en uno de los polos —y de la miseria en el otro— de la sociedad capitalista. No ya la miseria social (relativa) que Kautsky oponía a Bernstein, sino, en muchos casos, el empeoramiento absoluto de las condiciones de existencia;

g) Por otra parte, las oligarquías consumidoras para mantenerse en los niveles “internacionales” de existencia, deben afectar un porcentaje creciente de los excedentes nacionales;

h) Las tentativas de compensar el desequilibrio mediante una aceleración del endeudamiento sólo conducen a reforzarlo a corto plazo. De este modo, las estadísticas de renta bruta per cápita con que se manejan la cepal y la onu son falsas, en cuanto ocultan el deterioro de los ingresos netos por servicio de deuda y demás exportaciones invisibles. Se añade que uno de los fenómenos de la crisis semicolonial y su secuela de desempleo es el incremento de la población activa en zonas improductivas, que las estadísticas burguesas registran falsamente como productivas y contribuyendo a la formación del ingreso bruto para el rubro “servicios”.

26

### **Superación del ciclo burgués**

De este conjunto de procesos resulta claramente que sólo denunciando las ingentes deudas nacidas de la expoliación financiera, y sólo rescatando mediante expropiaciones masivas el contingente de riqueza distraído, para concentrarlo planificadamente en la promoción de las fuerzas productivas reales, es posible asegurar una expansión auténtica y soberana.

Pero ello supone la movilización de las fuerzas revolucionarias y populares, y la destrucción del Estado oligárquico-burgués. La coyuntura de excepción que permitió al término de la guerra un cierto desenvolvimiento del capitalismo argentino y del apoyo de masas gracias a una liberal política de salarios han desaparecido para siempre. En todo el mundo semicolonial, sólo Venezuela, gracias al “boom” petrolero, goza de condiciones que guardan alguna semejanza con las argentinas entre 1880 y 1930. Pero la experiencia venezolana vuelve a demostrar que el imperialismo es incapaz de propiciar, o siquiera tolerar un crecimiento nacional orgánico como el que gozaron las sociedades europeas occidentales y norteamericana durante los siglos de la expansión burguesa. Venezuela, con sus 1000 dólares de ingreso anual per cápita duplicando holgadamente el de los países latinoamericanos que le siguen en orden, es una familia miserable con un hijo opulento que todo lo que gana se lo gasta afuera.

### **Revolución nacional y socialismo**

Mientras los países semicoloniales con un trasfondo agrario precapitalista y consuntivo viven su gradual empeoramiento como una lenta declinación y extinción, la generalización en la Argentina de la economía monetaria y del régimen salarial, así como el elevado índice de urbanización, confieren a su crisis una repercusión viva e inmediata y reserva al proletariado un papel decisivo en las próximas luchas por la liberación nacional. De este modo, el contenido histórico democrático-burgués de las tareas revolucionarias desbordará rápidamente en entrelazamiento con las tareas socialistas.

27

## **4. LIBERACIÓN Y SOCIALISMO**

La estrategia de la revolución argentina, encuadrada en el ámbito de la revolución latinoamericana, deriva en primer término de la estructura de clases imperante en el país. En particular, importa señalar una diferencia fundamental respecto a los países en que, hasta ahora, se han producido movimientos revolucionarios socialistas victoriosos, tales como Rusia, China, Vietnam, Yugoslavia o Cuba. Desde el punto de vista de las relaciones sociales internas, estos mo-

vimientos pueden caracterizarse como revoluciones campesinas con dirección obrera. En el caso de China, esa dirección aparece mediada por los cuadros proletarios de un partido revolucionario expulsado de las ciudades a consecuencia de anteriores derrotas y represiones. En el caso de Cuba, encontramos una dirección pequeño burguesa encuadrada en los marcos de un ejército de liberación, a la cual la propia dinámica de la lucha y la correlación internacional de fuerzas obliga a transformarse sobre la marcha en dirección socialista revolucionaria. Lo que unifica estos ejemplos es el fundamento dinámico de la “guerra campesina” en sus variadas formas sociales, políticas y militares. La guerra campesina, como ya lo señalara Marx, no puede trascender en una renovación de la estructura económico social si no encuentra en las ciudades la dirección centralizadora de una clase dirigente. Antiguamente, esa clase era la burguesía. Hoy, en un sentido amplio, es el proletariado.

La naturaleza de la guerra campesina es el antagonismo entre una masa campesina indiferenciada y una aristocracia terrateniente feudal o semifeudal que la reduce a condiciones de semiservidumbre. La liberación del campesino en cuanto tal es su transformación en pequeño productor y propietario, vale decir, la creación del mercado, con su corriente de cambios entre la ciudad y el campo. Desde el punto de vista de la correlación interna de clases, la revolución campesina supone el frente único entre burguesía, pequeña burguesía y jornaleros agrarios, cuyos antagonismos recíprocos no enteramente desarrollados se ven comprimidos ante la oposición general respecto a la clase terrateniente. La diferenciación capitalista del campo argentino, principal pero no únicamente en el litoral, y la relación de fuerzas demográfica y social entre la ciudad y el campo, determinan en la Argentina relaciones enteramente diversas. La reserva histórica básica de la revolución argentina no está en la “revolución agraria” sino en la propia lucha de clases urbana. Esto impone formas específicas al desarrollo revolucionario, propias de una crisis originada más que en el subdesarrollo en la contradicción entre un relativo desarrollo argentino y las formas de la dependencia semicolonial.

## La alianza plebeya

La alianza del proletariado con la pequeña burguesía constituye el fundamento estratégico de la revolución argentina. Englobamos en el proletariado a los asalariados industriales y del transporte, a los peones agrícolas y a vastas formaciones proletarias y semiproletarias de las provincias “pobres”.

Esta afirmación no excluye que, en el curso de la lucha, puedan producirse acuerdos de más amplia naturaleza con sectores específicamente burgueses. Pero interesa a los trabajadores la relación de fuerzas concreta que presidirá esos acuerdos, y en consecuencia, no sólo la necesidad de fortalecer su propia estructura ideológica y política de clase, sino su sistema de aliados inmediatos.

Tanto en el peronismo como en el frondizismo, con distintas dinámicas y resultados se trató de un frente nacional “por arriba”, entre el proletariado, actuando como apoyo, y la “burguesía”. Este frente nacional se ha roto y no se trata de resucitarlo. Corresponde, por el contrario, intensificar la lucha por multiplicar las relaciones y caminos hacia la alianza plebeya y revolucionaria del proletariado y la pequeña burguesía.

29

## El programa nacional-democrático

La composición de las clases medias ha experimentado una transformación acentuada en los últimos años. A la vieja clase media ligada al mercado extranjero se le añadió una pequeña burguesía de nuevo tipo, vinculada al desenvolvimiento industrial y del mercado interno, de la cual el frondizismo fue expresión política en su período ascendente. Son los sectores nacionales de la pequeña burguesía, y sus capas medias y pobres, la base de un acuerdo con el proletariado. Importa señalar, asimismo, la existencia de sectores sindicalizados de la pequeña burguesía (empleados, etc.), encuadrados en la cgt. Pero también antiguos grupos ligados al mercado exterior sufren los embates de la crisis.

El democratismo es la ideología tradicional de la pequeña burguesía argentina. Reiteradamente este democratismo fue desviado en provecho del liberalismo oligárquico hacia una imagen ideal, “par-

lamentaria” del país, y un sistema de valores fundados en sus derechos. La crítica al democratismo debe partir, sin embargo, del democratismo mismo, o sea, de una claridad suficiente sobre su papel histórico progresivo y su presencia estructural en todo nuevo avance o conquista. Esto implica, a su vez, delimitarse del antiliberalismo de derecha en todos sus matices. A partir de aquella determinación, cumple la crítica sobre la alienación a la propiedad privada burguesa y la anarquía del mercado que supone el individualismo de la democracia pequeño burguesa, y la crítica a la utilización de sus fórmulas representativas y liberales para las necesidades de la oligarquía. La consubstanciación del pluripartidismo con la dominación burguesa e imperialista es insoslayable de señalar, en conexión con el proceso concreto de la experiencia argentina. En este capítulo se incluye, muy especialmente, la lucha por separar a la pequeña burguesía de sus direcciones históricas y presentes (radicalismo, izquierda cipaya, democracia cristiana y progresista, etc.), lo que implica un proceso sostenido y concreto de relaciones desenmascaramientos, desafíos y propuestas a dichas direcciones.

El fin de este proceso es llevar a la pequeña burguesía a la comprensión de que las formas de su democracia se han escindido de su contenido histórico originario. Que ese contenido, para perdurar, debe en cierto modo volver a las fuentes del jacobinismo revolucionario. Que, al mismo tiempo, debe ser superado críticamente en sus limitaciones sociales y nacionales.

La pequeña burguesía no llega a la revolución desde una voluntad inicial socialista revolucionaria, sino a consecuencia de su convicción final de que sólo a través del liderazgo obrero y la destrucción del capitalismo encuentra solución práctica a sus problemas fundamentales. El punto de partida de este proceso de toma de conciencia es, sin embargo, éste: la vinculación de estos problemas con las tareas de la liberación nacional. En su sentido amplio, esta vinculación supone la destrucción crítica del democratismo cipayo, cuyo núcleo del desarrollo son los “derechos individuales”, abstractamente considerados. Incluimos en este orden a los representantes de la izquierda cipaya.

## La pequeña burguesía

Nos delimitamos estrictamente:

a) Del democratismo cipayo que, por consideraciones supuesta y erróneamente tácticas, abate su política al nivel de los prejuicios tradicionales de la pequeña burguesía portuaria, en su forma liberal pura, y en su forma izquierdista y ultraizquierdista;

b) Del ultraizquierdismo, que incurre en la simplificación contrarrevolucionaria de considerar a las capas no proletarias como una indiferenciada “masa reaccionaria”, librándolas, de hecho, a la influencia imperialista;

c) Del antiliberalismo y antidemocratismo de derecha, que opone a las actitudes antinacionales de la tradicional política pequeño burguesa un ataque global contra el desarrollo histórico moderno, fortaleciendo las tergiversaciones de la propaganda oligárquica;

d) Del frentismo abstracto, que adhiere indiscriminadamente a la “alianza de clases” y en particular, a la alianza (y supeditación) respecto a la burguesía. La sustancia dinámica del programa “nacional-democrático”, definido como un “en sí” propuesto a la experiencia práctica de las clases medias, de un “para sí” socialista revolucionario, no es la alianza burguesa sino la alianza plebeya, no es la alianza reformista sino la alianza jacobina, y significa la adecuación en cada caso a los niveles concretos de la experiencia real.

31

## Política obrera

Las necesidades de la alianza revolucionaria imponen al proletariado la posesión de una política, es decir, en primer término, un lenguaje para el conjunto del país y de las clases explotadas, una capacidad para disolver críticamente las contradicciones, limitaciones e ilusiones de las ideologías no proletarias. Pero el argumento histórico decisivo para imponer una presencia conductora es la combinación adecuada de ímpetu y de disciplina, la agilidad táctica y propagandística para romper el cerco del aislamiento que intenta establecer la política de las clases dominantes contra ella.

## **El socialismo revolucionario y la hegemonía del proletariado**

La promoción de la clase trabajadora a representación nacional supone un salto de cantidad en calidad en la clase trabajadora misma. También el peronismo, en cierto modo, paga su deuda con el privilegio de la semicolonía clásica, ya que la tradición de sus métodos, sistemas y recursos fue posibilitada por una masa de reservas y maniobras surgida de nuestro poder adquisitivo como exportadores. De ahí que la dilución de las formas, hábitos y pensamientos de las políticas del frente de clases (incluido el primitivismo ideológico y la alineación a la jefatura bonapartista) exijan un proceso lento, paciente y obstinado.

Hemos definido suficientemente —como para que no requiera insistirse aquí— cuáles son los caracteres de esta superación cualitativa, en el campo ideológico, organizativo y táctico. Hemos demostrado la conexión indisoluble entre el programa socialista revolucionario y las tareas revolucionarias prácticas, que el oportunismo y el ultraizquierdismo insisten en disociar, ciñéndose a un manejo de slogans y a planes de “acción concreta”. Hemos subrayado que no hay organización revolucionaria sin programa revolucionario que eduque y consolide los cuadros. Hemos distinguido entre meros programas enunciativos y el programa histórico del socialismo revolucionario, que es la conciencia marxista del proletariado emergiendo del proceso nacional y contemporáneo, vale decir, el Socialismo de la Izquierda Nacional.

En consecuencia, hemos insistido en todo momento en que la lucha por el partido obrero está en la base misma de la lucha por la hegemonía del proletariado en la revolución, hegemonía que se revela como fundamento de un poder popular fecundo y perdurable. Negamos por eso mismo, que la constitución de un ala izquierda dentro del peronismo pueda sustituir la tarea de creación del partido obrero. Negamos que esta tarea pueda prepararse mediante el llamado entrismo en el peronismo. El deber de las fuerzas socialistas revolucionarias consiste en levantar públicamente su plataforma política y organizativa, en fraternal y limpia colaboración de lucha con los cuadros combativos del proletariado peronista. Sólo la preexistencia

de una tal plataforma es capaz de suministrar, en el momento histórico oportuno, una opción real susceptible de dar cauce y expresión a la radicalización revolucionaria de las masas.

Consecuentemente, hemos denunciado como oportunista la tarea liquidadora de quienes se introducen en el peronismo para “trabajar en él”, con frecuencia, para contrabandear dentro del peronismo sus propios lastres aventureros, antinacionales y cipayos. En general, criticamos a quienes absolutizan las diferenciaciones internas del peronismo, las opciones tácticas, el enfrentamiento entre “dirección” y “base”, olvidando la cuestión fundamental: el carácter frenteclasista del movimiento, su sustancia social democrática burguesa, que no puede superarse dentro del peronismo como movimiento. Pero así como nos negamos a centrar la cuestión en meros cambios de equipos, intensificaciones tácticas, apelaciones al democratismo organizativo y programas de tipo enunciativo, seguimos atentamente las tendencias a una radicalización concreta, que pugnan por suministrar bases más amplias de lucha, medios más eficientes y enérgicos y una comprensión más cabal del proceso político contemporáneo. Las grandes masas realizan sus experiencias a partir de los niveles históricamente dados. Sólo en la marcha, cuando queda al desnudo la insuficiencia de esos niveles, las grandes masas producen rápidos cambios de alineación, a condición de encontrar opciones reales preexistentes hacia las cuales desplazarse. Nuestra tarea no es permanecer aislados ante esa experiencia u oponerle una simple crítica lógica, agitando como un sonajero nuestras meras conclusiones acerca del partido revolucionario, sino estimular la experiencia misma, ayudar a que ella se produzca en las condiciones más amplias, normales y directas, para que los propios trabajadores (ya advertidos críticamente por otra parte, por nuestra prédica) extraigan la conclusión de que una nueva estructura histórica es la llamada a cumplir las tareas de la nueva situación histórica enfrentada, el tránsito de la política nacional burguesa a la política socialista revolucionaria.

33

### **Mobilización y revolución**

El socialismo revolucionario, al formular la crítica a la izquierda cipaya reformista y al aventurerismo ultraizquierdista, ha demos-

trado que el socialismo revolucionario no se opone mecánicamente al movimiento espontáneo de las masas, que en la Argentina se produce sobre el eje nacional-democrático del yrigoyenismo y del peronismo; que él es, por el contrario, la culminación de un vasto ciclo histórico que se remonta a la misma guerra de la independencia, pasa por el federalismo artiguista y provinciano, el roquismo, el yrigoyenismo y el peronismo. Hemos utilizado la categoría hegeliana de la “superación” para definir nuestra relación con ese ciclo en general, con el peronismo en particular, en el doble y contradictorio sentido de continuar y de negar.

En las cuatro banderas, condensamos tácticamente este punto de vista: independencia económica, soberanía política, justicia social y poder obrero. Sin poder obrero, aquellas tres se convierten en impotentes piezas de museo. Pero el poder obrero subvierte los contenidos y alcances de las anteriores destruyendo su asfixiante envoltura burguesa. La mariposa rompe la crisálida. Por eso repetimos —con el histórico Manifiesto— que no formamos “un partido aparte” de la corriente de la clase trabajadora sino que, en cada momento de su lucha, establecemos el nexo entre los pasos actuales de ese movimiento y su destino histórico.

Nuestra tarea presente consiste en establecer los mecanismos prácticos para intensificar nuestro diálogo con la vanguardia del proletariado que ya conoce nuestra trayectoria y nuestra devoción a las tradiciones del 17 de Octubre, especialmente en los momentos de adversidad, como de frente único peronista-socialista revolucionario en el seno del movimiento obrero, bajo la común bandera revolucionaria del 45, sin que ello implique supeditación o compromiso a direcciones burocráticas (políticas o sindicales) de derecha, de centro o de izquierda.

En un sentido inmediato, el contenido de nuestro diálogo con las masas peronistas y principalmente, con sus activistas sindicales, es el de los caminos para una acción práctica efectiva. En un sentido general, la reflexión sobre las limitaciones estructurales del peronismo y la autocrítica del proceso que condujo a su caída en 1955, autocrítica que suministra todo un programa de acción, pensamiento y organización revolucionarias.

Hemos hecho la crítica al legalismo, y hemos hecho la crítica al empleo no revolucionario de la violencia, desde el golpismo al insurreccionismo. Censuramos en todas estas formas, pese a su disposición, algo que las identifica en último análisis: la separación burguesa entre la acción y la decisión políticas, por un lado, y las masas por el otro. En consecuencia juzgamos de la realidad revolucionaria de cada protagonista, según su capacidad para suprimir este abismo o separación. Se trata, en suma, de incorporar a las masas a un proceso vasto, vivo, multifacético y permanente de oposición activa al régimen, con utilización plena de todos los medios tácticos y con estructuras organizativas que centralicen y estimulen la iniciativa de las masas, y no que las regimenten como materia de maniobra. Hemos insistido, particularmente, sobre la necesidad de establecer un programa global de acción práctica, vinculando la lucha económica con la lucha por las reivindicaciones políticas democráticas, en el marco de la movilización nacional antiimperialista.

Hemos así, resuelto teóricamente, y resolveremos prácticamente, las antinomias de oposiciones sin salida en que se sigue empantanando el pensamiento vulgar: legalismo capitulador o aventurerismo que aísla y paraliza, etc.

Respondiendo a su necesidad objetiva, el programa histórico encarna en una promisoriosa generación militante.

